

IN MEMORIAM

Dr. D. Enrique de Aguinaga López*

Dr. D. Emilio de Diego García**, Dr. D. Álvaro de Diego González***

edediego@ucm.es



Académico de Número de la Sección de Humanidades, medalla número 82.

En su toma de posesión, celebrada el día 10-01-1996, pronunció el discurso de ingreso:
Dimensión científica del periodismo.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=82>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Enrique de Aguinaga García celebrada el 01-02-2023

** Académico de Número y Presidente de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España

*** Universidad CEU San Pablo

YO FUI AMIGO DE ENRIQUE DE AGUINAGA

Dr. D. Álvaro de Diego González

Yo fui amigo de Enrique de Aguinaga. Pese al más de medio siglo de diferencia de edad y a la distancia insalvable de nuestros méritos. Lo demuestra que me dedicara con evidente afecto -y quizá pareja exageración- uno de sus libros. Por pudor evitaré la primera parte de aquella nota. Y subrayaré la segunda: “(...) y, además, por lo bien que escucha”. Es verdad que me gustaba escucharle y así lo hice muchas veces en su casa de la Ciudad de los Periodistas, “jardín de invierno” donde se tomaban en serio las dos cosas menos serias que ha conocido Ignacio Ruiz-Quintano: Madrid y el periodismo.¹

Enrique de Aguinaga fue muchas cosas a largo de su vida: niño de la Guerra, adolescente del Frente de Juventudes, catedrático de universidad, concejal de Abastos del Ayuntamiento de Madrid, cronista oficial de la Villa o Rey Gaspar en la Cabalgata de Reyes de la capital. Pero fue, fundamentalmente, periodista.

Aquilino Duque escribió el año de la Expo de Sevilla y de nuestros Juegos Olímpicos que los mejores periodistas que entonces quedaban en España tenían por maestro a Ismael Herraiz, “director que fue del diario *Arriba*”.² Pues bien, uno de los mejores periodistas españoles, el favorito de esos discípulos de Herraiz se llamaba Enrique de Aguinaga. Aguinaga resultó así hijo periodístico de Ismael Herraiz, autor de “uno de los mejores, por no decir el mejor, reportaje histórico de la Guerra Mundial”.³ El juicio lo dejó escrito un adversario honorable de este falangista hoy olvidado, el monárquico Torcuato Luca de Tena. Y el reportaje citado se había publicado en forma de libro, *Italia fuera de combate*, un sensacional *best-seller* de la posguerra española.

Enrique de Aguinaga tuvo por camaradas y “hermanos mayores” a Rafael García Serrano y a José María Sánchez-Silva. Al primero le consideraba el aludido Luca de Tena “por encima de Cela, uno de los mayores renovadores de la moderna manera de escribir en castellano”. Según el mismo testimonio, “ningún aprendiz de estilística debiera desconocer” su *Diccionario para un macuto* o su *Cuando los dioses nacían en Extremadura*.⁴

En cuanto a Sánchez-Silva, autor hoy casi desconocido del archiconocido *Marcelino, pan y vino*, baste decir que continúa siendo el único español que ha ganado el Premio Hans

¹ “Aguinaga”, *ABC*, 18-4-2022.

² “Medio siglo de actualidad”, *ABC* (edición de Sevilla), 15-12-1992.

³ Luca de Tena, T.: *Franco, sí, pero...* Barcelona, Planeta, 1993, p. 348-350.

⁴ *Ibídem*.

Christian Andersen, “Pequeño Nobel” de la narrativa infantil. También ha sido el mejor escritor de cartas del siglo XX español. ¿Sólo del siglo XX?, cabe preguntarse.

Entre los “hijos” periodísticos de Enrique de Aguinaga se cuentan, entre otros, Jaime Campmany o Manuel Alcántara. El malagueño confió haber cursado en la redacción de *Arriba* “tercero de Ismael Herraiz” para convertirse en “discípulo emérito” de Aguinaga. Este último le enseñó a redactar pies de foto, el texto más humilde quizá, pero quizá también el más leído en periodismo, una actividad que siempre vivirá de sus lectores.

“Una vida en los periódicos”. Así tituló, con escueta humildad, Manuel Alcántara su discurso de investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad de Málaga.⁵ Enrique de Aguinaga podría haber redactado otro titulado “Una vida en el periódico”. Y cambio al singular el artículo determinado porque, como Alcántara, se dejó la vida allí (“En algún sitio había que dejársela”, ironizó este último). E insisto en el singular porque, al igual que Herraiz, Aguinaga hizo el grueso de su carrera profesional en el diario *Arriba*, que fue verdaderamente “su” periódico. Allí nada humano le fue ajeno (*Homo sum, humani nihil a me alienum puto*, que sentenció Terencio). Allí -de nuevo cito a Alcántara- nunca le aburrió ningún ser humano.

Arriba había sido semanario durante la Segunda República y, como tal, hoy constituiría casi una anécdota, si bien imprescindible para reconstruir la historia de la Falange original, la de José Antonio Primo de Rivera. Mucha mayor importancia revestiría después como diario, el editado nada más terminar la Guerra Civil en las instalaciones (redacción y talleres) de *El Sol*, nada menos que la principal empresa periodística de José Ortega y Gasset en alianza con Nicolás María de Urgoiti.

Arriba fue, sí, el órgano de la Secretaría General del Movimiento durante casi cuatro décadas de franquismo. Este diario defendió la victoria del Eje, aprovechó las bobinas ilimitadas de papel y las exenciones fiscales. Resultó altavoz habitual de las consignas del poder. Pero también fue el periódico que, no protestando por la censura, hizo una información sensacional. Sus redactores y cronistas pisaban la calle que hoy se echa en falta en gran parte de la prensa. Hablan de ello las crónicas en Alemania o Italia de Ismael Herraiz (sobre la evacuación de Dunkerque, la rendición de Compiègne o en el relato escueto y telegráfico de las últimas veinticuatro horas del régimen fascista), que luego viajaría a la URSS; las del antiguo director republicano Manuel Aznar; o la información municipal de Aguinaga.

El áspero guardián de la ortodoxia durante mucho tiempo albergó también las mejores páginas literarias de la prensa española. A los citados García Serrano y Sánchez-Silva habría que añadir al último de nuestros Premios Nobel, Camilo José Cela, que obtuvo la quinta plaza

⁵ Véase el discurso completo en <https://www.diariosur.es/culturas/vida-periodicos-20190417181813-nt.html>

de su promoción en la Escuela Oficial de Periodismo. ¿Cómo escribirían los cuatro primeros? Nos quedamos cortos al afirmar que completan la nómina, pues más bien la van dando forma otros como Eugenio d'Ors, Ramón Gómez de la Serna, José Camón Aznar, José María de Cossío, Melchor Fernández Almagro, José María García Escudero, Pedro Laín Entralgo, José Antonio Maravall, Leopoldo Panero, Rafael Sánchez Mazas o Gonzalo Torrente Ballester. El más “azul” de los diarios, el abanderado de la nacionalización de la banca, alumbró también una gran escuela de economistas que encabezaron Enrique Fuentes Quintana o el recientemente desaparecido Juan Velarde.

Enrique de Aguinaga obtuvo la primera plaza de su promoción en la Escuela Oficial de Periodismo. Pudo elegir hacer sus prácticas de verano en *Arriba*, sito en la madrileña calle de Larra. Transcurría el verano de 1945 y se entiende su temblor juvenil a la hora de “subir las mismas escaleras de mármol desgastado que habían subido Ortega, Unamuno o Azorín; estar cerca de quienes estuvieron al lado de José Antonio, como Montes, Mourlane o Sánchez Mazas; poder bucear en el archivo del periódico que hizo tambalear la monarquía; tomar café con alféreces de la guerra; ser el pinche de periodistas que 'se las sabían todas'; robarle los cacahuets al loro, mascota que Ismael Herraiz había traído de Guinea”.⁶

También allí se hizo con el fragmento de un diario manuscrito que glosaba las galeradas censuradas por la dictadura de Primo de Rivera. De ese documento con jugosos comentarios sobre la guerra de Marruecos (el desembarco de Alhucemas incluido) he dado cuenta en la revista *Aportes*, pero sin poder identificar al anónimo autor; ni siquiera acudiendo a una grafóloga.

Este texto necrológico daría para la extensión de un Quijote. Apenas puede significar un modesto pie de foto; esperemos que, al menos, bien escrito. Resumiré, por tanto, lo que pueda. Trataré de poner una línea bajo esa imagen de mi amigo en *Arriba*. Allí Aguinaga se quedó en 1947 con la galerada censurada de un artículo de Franco (firmado con el pseudónimo de “Macauley”). Allí firmó dos series municipales, “Pintan” y “Laberinto”, que luego le acreditarían como cronista oficial de la Villa y defensor de un estatuto de capitalidad para Madrid. Allí chocó en 1950 con el duque de Veragua por denunciar las condiciones laborales de los campesinos castellanos. Allí cubrió en 1952 la trágica noche del tranvía descarrilado en el Puente de Toledo. Allí informó en 1957 del discurso de Franco al inaugurar la central térmica de Escombreras, una perorata “tecnócrata” sobre el *Sputnik* con loa incluida a la Unión Soviética. Y allí participó en 1963 de la confección y venta (con voceo en la Gran Vía) del extra de la muerte de Kennedy.

⁶ Aguinaga, E.: *Aquí hubo una guerra otra memoria histórica, otra antología*. Madrid, Plataforma 2003, 2010, p. 126.

También para *Arriba* entrevistó en varias ocasiones a Cela, como cuando pasó a su lado el día entero de su ingreso en Real Academia Española. Y, en suma, allí contribuyó como joseantoniano a carta cabal a evitar, en lo posible, que España se convirtiese en mero “latifundio de la derecha”. Lo hizo, en todo caso, desde las suelas gastadas del periodista. Sin confundir “fidelidad con arteriosclerosis” (una vez más, ya la definitiva, la cita es de Alcántara) porque hay una enorme diferencia entre la lealtad de la piedra pómez y la abnegación más noble, “que es la de no negarse a sí mismo”.

Concluyo este largo y, por tanto, fallido pie de foto. Finalizo seguro de que mi amigo Enrique ha abandonado la vida sumergida de la lubina. Esa imagen de Flammarion que tanto le gustaba. Y puede contemplar al fin la Quinta Sinfonía, ejecutada esta vez por las manos del Padre, Hacedor Infinito.